



Personaje invitado: Jorge Larrosa

Carlos Alberto Martínez*

Para citar este artículo: Martínez, C. A. (2015). Personaje invitado: Jorge Larrosa, 14(1), 133-142.

Promediando el año de 1988, mientras me desempeñaba como director de la sección cultural del diario El Siglo (hoy llamado Nuevo Siglo), descubrí en el mercado de las pulgas de la carrera séptima con calle 24, en Bogotá, la edición de editorial Gallimard de los Cuentos Completos de Voltaire, con un extenso y lúcido prólogo de Roland Barthes. En los días siguientes a ese domingo, me propuse trasladar al castellano el ensayo de Barthes, el cual sería publicado, en un ejercicio de honrada piratería, en Siglorama, el suplemento literario del periódico con nombre de estación orbital. El texto de Barthes se titula El último de los escritores felices, porque el filósofo del iluminismo francés convirtió su combate contra el ancien régime en una fiesta, sin rastros de amargura o rencor. El miércoles 19 de noviembre de 2014, en la franja de 10 de la mañana (un poco pasadita) a las 12 del mediodía, en el Auditorio Mayor Hermanos San Juan, de la sede Macarena A, tuve la oportunidad de escuchar al profesor de la Universidad de Barcelona Jorge Larrosa. Y mientras lo escuchaba, a escasos metros de distancia, resolví, como el pensador francés acerca de Voltaire, que Larrosa era si no el último, uno de los últimos de los críticos felices, que saben que su mundo y los dioses de ese mundo están muriendo, y aun así asumen esas pérdidas como “naturales”, con una excelente dosis de buen humor y explícito desparpajo. Cada cierto tiempo, los hombres, esos bípedos implumes de que habla el

anciano Platón en El político o del reinado, estarán (estaremos) abocados a cambios más o menos drásticos en las costumbres, en las ideas, y en las palabras que solían nombrar las viejas costumbres y las viejas ideas. Y habrá asimismo diversas maneras de reaccionar frente a esos cambios. Y aquí quiero celebrar la manera como el siempre joven e irreverente profesor Larrosa asume estos cambios, aunque bien sé que, como reza el dicho, la procesión va por dentro. El auditorio que lo acogió se abría ex profeso para esta ocasión, después de sufrir un cambio tan drástico como la misma universidad de la cual hablaría Larrosa en su charla. Debo decir, además, que fui amigo de uno de los hermanos San Juan, un hombrecito de piel blanca, cabellos casi rubios y ojos claros, todo risas y buenas maneras, de mirada limpia, siempre en la cresta de la ola, ajeno a los designios de quienes estaban tras su rastro de soñador, y por ello celebro que su nombre se perpetúe en este recinto.

I

El profesor Jorge Larrosa es un agradable y generoso conversador. Da su voz, da su palabra, y nos da la voz y la palabra de quienes han sido sus compañías durante años de largas y densas lecturas. Su discurso es eufórico, suscita la risa reflexiva. Sabe escoger los intertextos, y es oportuno y feliz al momento de glosar. Se mueve entre autores como un experto

* Escritor y periodista.

ebanista entre el serrín y las virutas de madera. Es ajeno al estilo profesoral, al acartonamiento y a la pose, tan frecuentes y deplorables en la llamada, impropia, academia. Se nota de lejos que ha estado entre estudiantes, entre jóvenes, no frente a ellos, contra ellos, sino en su compañía. Al fin y al cabo, conversar significa pasear juntos, andar en compañía. En sus palabras iniciales, dichas como al oído de cada uno y cada una de los asistentes, evocó entrañables espectros, críticos como él, irreverentes como él, lúcidos como él, y que han constituido las fuentes de sus alimentos celestes (quiero decir, espirituales). El primero, “el viejo e injustamente olvidado Iván Illich”. Después leyó el párrafo inicial de la novela *Desgracia*, de John Maxwell Coetzee (léase aproximadamente Ku’tsia), premio Nobel de Literatura, nacido en Ciudad de El Cabo en 1940. Hace una alusión rápida al libro *La trahison des clercs* (*La traición de los clérigos*), del escritor judío-francés Julien Benda, de 1927, y terminó con un extenso y ameno comentario de las ideas iniciales de *Normas para el parque humano*, de Peter Sloterdijk, urticante contestación a *Carta sobre el humanismo*, de Heidegger, dada a conocer por el autor en julio de 1999 en el castillo de Elmau, Baviera, en el marco del Simposio “La filosofía en el final del siglo”.

Escuchemos al profesor Larrosa:

Las reformas de la Universidad de Bolonia¹ sitúan a la universidad en las lógicas del mercado, en las lógicas empresariales. No van más los viejos estudios superiores de letras. Esa Universidad en la que aún se estudiaba está desapareciendo ante nuestros ojos. Estamos viviendo el final del estudio. Pero tantas cosas han nacido y han muerto... que no es para lamentarse demasiado. Me corresponde hacer, por cierto, el elogio

fúnebre del estudio. Es una forma de contarles, y de contarme, lo que me pasa y nos pasa a aquellos que hemos hecho de la Universidad no solo el ámbito de ejercicio de una profesión, sino de una forma de vida.

Los elogios fúnebres clásicos son una forma de elogio, exhortación y consuelo. Los elogios fúnebres están hechos para alabar a los muertos, instruir a los jóvenes y aliviar a los viejos. Voy a alabar a dos muertos: uno de ellos se llama Universidad, que ya no lo es, y el otro se llama Estudio, pero ya casi nadie sabe lo que significa. Mi propósito es intentar enseñar algo a los jóvenes que llenan esta sala y si acaso brindar un consuelo a los viejos que lo necesiten.

En esa vía, y con ese hermoso propósito, el profesor Larrosa evoca algunos zombis.

El zombi es una figura interesante: no está muerto ni vivo. Está en una especie de perpetuo acabamiento. Este acto de invocación de fantasmas no busca de manera alguna resucitarlos; bien se sabe que los muertos no resucitan. Busca simplemente aprender algo de ellos.

Es preciso viajar en el tiempo, hacia atrás. Y el profesor Larrosa se instala, y nos instala, en algún día de algún mes del año 1976, exactamente en la ciudad de San Francisco (California). En un recinto, sentado frente a una mesa, con un vaso de agua sin probar al frente suyo, con su nariz de palo, su cara de palo, a lo Buster Keaton, se halla frente a un grupo de jóvenes el exsacerdote Iván Illich (1926-2002). Es un culto e implacable crítico de la sociedad capitalista y especialmente de la escuela que esa sociedad ha creado para perpetuarse. Interesa a Larrosa esta conferencia de Illich, un hombre de cincuenta años para entonces. Larrosa era un

1. Desde 1988 se viene cocinando esta reforma para todo el ámbito europeo inicialmente. En 1998 se produce la Declaración de Bolonia y ya al inicio del siglo XXI se profundiza en una serie de cambios. Términos como *pregrado* y *posgrado*, *competencias*, *destrezas*, etc., constituyen el nuevo repertorio lingüístico para nombrar las nuevas realidades, inscritas en el proceso mayor de mercantilización de la educación y la universidad. Las protestas estudiantiles fueron casi instantáneas, pero la fuerza del mercado ganó la partida. La Universidad europea nació en Bolonia, en 1088; es decir, que en 1988 se cumplían nueve siglos de existencia.

joven de apenas 25 años por ese tiempo (nacido en 1951). En esa conferencia, Illich propone un análisis del espacio mental ligado al libro, un estudio de la “mentalidad alfabética”. Ese espacio mental o mentalidad no se reduce a leer y escribir, sino que es una verdadera forma de entender a los sujetos.

Durante siglos —dice Larrosa comentando a Illich—, la memoria humana se entendió como una inscripción sobre una tablilla de cera; es decir, se entendió como escritura. Durante siglos todo se entendió como la legibilidad del mundo. Esta larga tradición llega hasta Paulo Freire, para quien el acto de leer es esencialmente comprender el mundo (leer no solo el texto, sino el contexto). El mundo se lee.

El mundo es, pues, un libro. Y el profesor Larrosa recuerda, y nos hace recordar su recuerdo:

No hace mucho estaba visitando un monasterio románico, y entonces vi aquella pintura clásica del *Juicio Final* donde el ángel está salvando a los condenados y había a su lado una figura angélica que estaba examinando el libro de contabilidad, ese extraño libro de cuentas que está en el cielo y en el cual están anotados los vicios y pecados, las buenas y malas acciones. Es esta, pues, la ilustración perfecta de que hay un libro en alguna parte donde está escrito el destino, está escrita la memoria. Y lo que aquí se expresa es una mentalidad que utiliza la figura del libro como metáfora para pensar las relaciones de la gente con el mundo, consigo mismas y con el futuro. Esa mentalidad alfabética aparece en el siglo VII antes de nuestra Era. Y la transición entre la mentalidad anterior y la mentalidad alfabética se ve muy bien entre un Sócrates que no escribe y un Platón que escribe. Se consolida definitivamente con la fundación de la Universidad de Bolonia en 1088 (finales del siglo XI). Se hace sólida con la invención de la imprenta promediando el siglo XV, y esa mentalidad, en palabras de Illich, es la que está desapareciendo.

Esto dicho hace casi cuarenta años.

Esa sustitución —dice Illich— tiene que ver con la sustitución de las metáforas ligadas al libro por las imágenes mentales ligadas al procesamiento de información. Desde este último punto de vista, las palabras se convierten en unidades de información. La conversación se convierte en comunicación oral; el texto se convierte en soporte de contenido; la capacidad humana de leer, escribir y comprender se convierte en *competencias comunicativas*. El viviente dotado de palabra se convierte en una máquina de comunicación.

Sigue Illich:

Siempre experimento conflicto cuando rememoro un episodio que me sucedió en Chicago en 1964, en un seminario. Estábamos sentados alrededor de una mesa, y un joven antropólogo se encontraba frente a mí. Llegamos a un momento crítico de lo que yo pensaba era una conversación, cuando me dijo: “Illich, usted no logra conectarse conmigo, no soy capaz de entender su mensaje”. Por primera vez en mi vida sentí que alguien se dirigía a mí no como una persona, sino como un emisor. Tras un momento de desconcierto, me sentí indignado: un ser vivo, con quien quería conversar, había vivido nuestro diálogo como una forma de comunicación humana. Solo por haber estudiado durante años la historia del espacio conceptual que surgió en la Grecia antigua capté hasta qué punto la computadora, como metáfora, exigía a los que la aceptan en seres ajenos al escrito alfabético. Comencé, entonces, una reflexión sobre la emergencia de un nuevo espacio mental, cuyos axiomas ya no son la codificación de la voz humana por medio del alfabeto, sino el poder de almacenar y manipular información.

El profesor Larrosa destaca tres aspectos esenciales: 1) la manera como Illich se sorprende y se indigna, hasta el punto de sentirse insultado, por algo que para nosotros está completamente naturalizado; 2) la conversión del lenguaje en medio de comunicación; 3) el fino oído de Illich, que capta por primera vez una expresión

y a partir de ahí resuelve estudiar la nueva mentalidad. Esa expresión fue escuchada algún día de algún mes del año 1964, es decir, medio siglo atrás, cuando ni siquiera habían nacido los oyentes de Larrosa. Son pertinentes los comentarios seguidos del profesor español: el joven escuchaba a Illich no como una persona que conversa, sino como un emisor cuyo mensaje tiene que ser entendido y que tiene que saber conectarse con el auditorio. Es la lógica de la conexión-desconexión, que tiene que ver con cables y aparatos y máquinas.

Enseguida Larrosa interpola la expresión “calidad educativa”, que había surgido en un coloquio inmediatamente anterior a la charla en el Auditorio Mayor. Una expresión, a su juicio, que tiene que ver con fabricantes de coches; es una expresión ajena a la pedagogía, no es una categoría pedagógica; y el mismo Larrosa, como Illich, acaba por no entender esa expresión, algo le chirría en la cabeza, “porque es una palabra que no pertenece a mi vocabulario, que nace y aparece para nombrar al mundo de otra manera”.

Illich se siente mal —acota Larrosa— porque alguien lo trata no como una persona que conversa, sino como un sujeto que comunica. Por lo tanto, ahí está también la oposición entre conversar y comunicar: los seres humanos conversan, las máquinas comunican; los seres humanos hablan y escuchan, leen y escriben, pero no son codificadores, decodificadores, emisores, receptores... Entender el lenguaje como la variante humana de un intercambio comunicativo, que tiene lugar también entre las abejas, los delfines, las bacterias y las computadoras no solo es degradarlo, sino sobre todo hacerlo susceptible de cálculo y de control. Cuando el lenguaje humano se piensa desde el modelo comunicativo, se piensa desde la eficacia y la transparencia. Es decir, desde su valor mercantil, desde su valor de propaganda.

Se cierra esta invocación del espíritu del viejo Illich con este párrafo:

Mi mundo es el de las letras; no me siento en casa más que en la isla del alfabeto. Esa isla la comparto con mucha gente que no sabe leer ni escribir, pero cuya mentalidad es esencialmente alfabética, como la mía, y ellos están tan amenazados como yo por la traición de aquellos que, entre los clérigos, desintegran las palabras del libro en un simple código comunicativo.

Y Larrosa comenta:

El mundo de los libros es una isla, la isla del alfabeto, y esa isla, según Illich, ha sido traicionada por aquellos que dicen defenderla. Ha sido traicionada por aquellos que convierten la palabra humana o que descomponen las palabras del libro en un simple código de comunicación.

Es evidente que los lectores de Illich y de Larrosa pertenecen a esa isla. Todos los que han entrado sigilosamente en la edad de oro, que sobrepasan la cincuentena, ilustres contemporáneos del profesor Larrosa, se sienten un poco o un mucho contrariados por estos cambios, casi siempre de mal recibo entre los habitantes de esa extraña y mágica galaxia Gutenberg (el mundo tipográfico), que llamara el canadiense McLuhan.

Hay un libro muy famoso —recuerda Larrosa— de Julien Benda, que en castellano se tituló *La traición de los intelectuales*. En él se denuncia cómo la Universidad, alrededor de los años 20 del siglo XX, se pone al servicio de los totalitarismos, es decir, al servicio de los poderes dominantes. Illich utiliza la palabra traición en el sentido de “colaboración”. Pero ese no es mi tema. La Universidad ha estado siempre al servicio de los poderes dominantes. Los animales universitarios son los seres más sumisos que conozco. Hablamos constantemente de crítica y no sé qué otras cosas, pero tenemos una gran facilidad para arrodillarnos delante de cualquier poder constituido. Nos gusta mucho ese gesto de la genuflexión.

Es este momento el adecuado para introducir la segunda cita de esta charla. La transición entre la mentalidad alfabética y la mentalidad comunicacional la encuentra el profesor Larrosa bella y dolorosamente ilustrada en la novela *Desgracia*, del premio Nobel de Literatura sudafricano, John Maxwell Coetzee. El protagonista, David Lurie, se gana la vida como profesor en la Universidad Técnica de Ciudad de El Cabo, antes Colegio de Ciudad de El Cabo. Antiguo profesor de lenguas desde que se fusionaron los departamentos de Lenguas Clásicas y Modernas por la gran reforma llevada a cabo años antes, ahora es profesor adjunto de Comunicaciones.

El profesor Larrosa comenta, no sin ironía: “Esta transición es muy bonita: el profesor de literatura se convierte en profesor de Comunicaciones”.

Sigue Coetzee:

Como el resto del personal que ha pasado por la reforma, se le permite impartir una asignatura especializada por cada curso sin tener en cuenta el número de alumnos matriculados, pues eso se considera positivo para la moral del personal y este año imparte un curso de los poetas románticos.

Larrosa acota:

Para que los profesores no se depriman del todo y mantengan, como se dice ahora, un poquito alta su autoestima, les permiten un curso libre sin contar el número de alumnos matriculados, sobre el tema que quieran, y el tal David Lurie, este año, ha propuesto un curso sobre los poetas románticos.

Aquí los jóvenes y viejos asistentes celebran con risas y gestos conmisericordiosos, no se sabe si para el profesor Lurie o para sí mismos.

El párrafo esencial de Coetzee es este:

Si bien diariamente dedica horas y horas a su nueva disciplina, la premisa elemental de esta, tal como queda enunciada en el Manual de Comunicación 101, se le antoja absurda: “La sociedad humana

ha creado el lenguaje con la finalidad de que podamos comunicarnos unos a otros nuestros pensamientos, sentimientos e intenciones”. Su opinión, por más que no la airee, es que el origen del habla radica en la canción, y el origen de la canción, en la necesidad de llenar por medio del sonido la inmensidad y el vacío del alma humana (p. 10).

Coetzee finaliza este período diciendo que los profesores, por el estilo de David Lurie, “son clérigos en una época posterior a la religión”. El profesor Larrosa nos recuerda que Sócrates fue condenado a beber la cicuta porque se le halló culpable de dos grandes crímenes: corromper a la juventud y negar a los dioses de Atenas. De acuerdo con el profesor Larrosa, el valor de negar a los dioses del mundo globalizado sí constituye una labor plausible por parte de los profesores, en tanto esos nuevos dioses que se enseñorean en el Olimpo capitalista no son otros que la Competitividad, la Eficacia, la Eficiencia, la Ciudadanía, la Democracia, el Espíritu crítico.

La tercera cita es un poco más larga. Ha sido tomada del libro *Normas para el parque humano*, del filósofo alemán contemporáneo Peter Sloterdijk:

Como dijo una vez el poeta Jean Paul, los libros son voluminosas cartas para los amigos. Con esta frase estaba llamando por su nombre, tersa y quintaesencialmente, a lo que constituye la esencia y la función del humanismo: humanismo es telecomunicación fundadora de amistades que se realiza en el medio del lenguaje escrito. Eso que desde la época de Cicerón venimos denominando *humanitas* es, tanto en su sentido más estricto como en el más amplio, una de las consecuencias de la alfabetización.

Desde que existe como género literario, la filosofía recluta a sus adeptos escribiendo de manera contagiosa acerca del amor y la amistad. No es solo un discurso sobre el amor por la sabiduría; también quiere mover a otros a ese amor. El hecho de que la filosofía escrita haya podido siquiera mantenerse como virus contagioso desde sus comienzos hace más de 2500 años hasta hoy, se lo debe al éxito de

esa facilidad suya para hacer amigos a través del texto. Así ha logrado que se la siga escribiendo de generación en generación como una de esas cartas en cadena y, a pesar de todos los errores de copia, o quizá precisamente por ellos, ha ido atrapando a copistas e intérpretes en su fascinante hechizo creador de amigos.

Un poco después, Sloterdijk escribe esta idea, que resulta inaceptable para un filósofo tradicional como Habermas:

Con el establecimiento mediático de la cultura de masas en el Primer Mundo a partir de 1918 (radio) y de 1945 (televisión) y, más aún, con las últimas revoluciones de las redes informáticas, en las sociedades actuales la coexistencia humana se ha instaurado sobre fundamentos nuevos. Estos son posliterarios... y en consecuencia poshumanísticos.

Constata el herético alemán que la lectura ya no amansa al monstruo. Esto es conmovedor en un país como Colombia, en el cual se pretende aclimatar la paz y la buena convivencia tomando como vehículo el libro. La lectura se postula como la clave para amansar al monstruo, para refrenar sus instintos tanáticos y hacerlo transitar, como si se tratase de una trailla, por la senda de la virtud. El libro se entiende, en esta idea, como un medio moralizador. Todas estas ideas son combatidas por Sloterdijk, y por ello Larrosa vuelve a ese texto de 1999, que suscitó una polémica pública en la prensa alemana, detrás de la cual estaban Habermas y sus epígonos, indignados, furiosos, esgrimiendo una serie de argumentos, algunos casi en el borde de lo infamante y calumniador, contra el nuevo hereje.

Esta idea del hombre tiene raíces lejanas. Ya el viejo Voltaire definió al animal humano en estos términos:

El hombre es un animal negro con lana en la cabeza, que anda sobre dos piernas, manteniéndose erguido casi como un mono, menos fuerte que otros animales de su tamaño, con un poco más de ideas

que ellos y mayor facilidad para expresarlas; sujeto por lo demás a las mismas necesidades, nace, vive y muere igual que aquellos.

En un comentario de cierre al texto de Sloterdijk, el profesor Jorge Larrosa precisa:

El humanismo tiene que ver en esencia con la formación de un tipo de amistad que no tiene que ver solo con interlocutores lejanos en el tiempo. Y esa fundación de amistades, que sería un poco esa utopía moderna de una sociedad de escritores y lectores, es la que dice Sloterdijk que está desapareciendo. Y no hace ninguna falta para nada: el animal humano ya se doma mediante otros mecanismos. Los mecanismos de moralización fundamental son la TV, Facebook, los nuevos medios de comunicación, y esos aparatitos que ustedes no dejan de manipular todo el tiempo... Por lo tanto, si eso ya basta para domar al animal humano, ¿para qué la cultura humanística?

Lo propio de lo existente es dejar de ser existente; todo cuanto vive merece perecer, dice Goethe en *El Fausto*. Las generaciones surgen y desaparecen, emergen por un tiempo fugaz, breve como un suspiro de luz, como la vida de una mariposa; vienen y van los años, los siglos. Nos recuerda el profesor Larrosa que nosotros, los de este lado del mundo, habitábamos un mundo lleno de pueblos diversos, con lenguas diversas, y aquellos y estas desaparecieron en cuestión de años, y nadie se lamenta por ello; es más, otros, inclusive los insensatos de aquí mismo, lo celebran. Un montón de formas de nombrar el mundo desapareció, y nadie se lamenta por ello,

por lo tanto si esa tribu, a la cual mis amigos y yo pertenecemos, desaparece, tampoco pasará nada. Se trata de una tribu ni más ni menos importante de las tantas que han vivido un instante en este planeta. Y a ustedes, jóvenes, también les pasará: llegará un día en que no entiendan más lo que pasa y lo que les pasa. Todo esto hay que vivirlo con una especie de elegancia, sin demasiado dramatismo.

II

Al profesor Larrosa poco le interesan los cambios de función de la Universidad; su interés se centra, desde hace mucho tiempo, en los cambios formales. En esta segunda parte de su charla comienza por citar un fragmento de *Las partidas*,

uno de los textos jurídicos más importantes de Europa, de la autoría de Alfonso X El sabio, rey de Castilla y León, siglo XIII. En ese fragmento la Universidad aparece como sinónimo de Estudio (*Studium*), cosa corriente en ese tiempo. En la definición de don Alfonso X, “Estudio es ayuntamiento de maestros y escolares que se hace en algún lugar con la voluntad y el entendimiento de aprender los saberes”.

Esta definición, que llega a su fin en estos tiempos, ocho siglos después, sirve de punto de partida para el segundo tranco de esta amena conversación. Asimismo, el profesor Larrosa vuelve fielmente a *En el viñedo del texto: etología de la lectura. Un comentario al Didascalicon de Hugo de San Víctor*, obra erudita de Iván Illich. Es claro, para Larrosa, que la Universidad está ligada a un lugar por unos sujetos llamados maestros y estudiantes y por una materialidad: los saberes. Y esa materialidad se encarna en el libro de texto.

“El dispositivo universitario es fundamentalmente el libro de texto (libro escolar). Es un invento de la Universidad, y es un invento prodigioso”. En sus fascinantes avatares, el texto deja de ser legible y se convierte en audible. Originalmente, por ejemplo en el monasterio, el texto debe oírse, obedecerse (pues obedecer viene de oír). El texto que se escucha, se obedece. El texto se lee con los ojos, y por lo tanto se puede y se debe comentar. Inicialmente, el texto se hace para ser leído en público y comentado por los oyentes.

“Por libro de texto voy a nombrar simplemente al libro escolar; el texto que el profesor coloca encima de la mesa y dice: ‘Esta semana vamos a trabajar este texto’”.

Al instituirse la Universidad, al mismo tiempo se instituyen unos espacios y unos tiempos nítidamente diferenciados de los espacios y los tiempos sociales. Se construye un tiempo fuera del tiempo, y el profesor Larrosa se toma la licencia de llamarlo “tiempo libre”.

La palabra escuela viene del griego *scholé*, que significa tiempo libre. Los hombres libres disponen de tiempo libre para ocuparse de sí mismos. La Universidad sería, pues, una maquinaria que fabrica tiempo libre y a quienes la habitan se les regala ese tiempo libre.

Téngase en cuenta la expresión “se les regala”, pues ese tiempo no es mercancía, no es oro. El término *scholar* significa persona que dispone de tiempo libre para estudiar, no para aprender.

El tiempo de la Universidad es esencialmente el tiempo del no-trabajo, es un tiempo para dilapidar, para perder, y es además indefinido. No hay un tiempo estipulado, cronometrado, para estudiar. Larrosa recuerda tres o cuatro *Diálogos* en los cuales la primera pregunta que formula Sócrates a su amigo es si tiene tiempo. Quiere conversar con alguien, pero este debe disponer de un tiempo sin medida, lapso y prolongado, porque la mayéutica exige justamente todo el tiempo.

Un primer cambio en el dispositivo llamado Universidad es justamente la administración del tiempo, su medición, su mercantilización.

¿Y para qué tiempo? Para estudiar. La Universidad es el lugar en el cual a las personas se les regala tiempo para que estudien; para que se liberen del trabajo, de toda actividad productiva. En latín se llama *otium* (ocio), y lo contrario se llama *negotium* (origen de la palabra castellana *negocio*).

“La Universidad —continúa el profesor Larrosa— también se constituye por una separación nítida de los espacios. La Universidad es un espacio fuera del espacio.” Aquí Larrosa recuerda un texto de Hanna Arendt, titulado *¿Dónde estamos cuando pensamos?* El pensar nos envía a un espacio fuera del espacio; cuando se piensa, según Arendt, uno

está en otra parte, “o si ustedes quieren, para hacerle un homenaje a su escritor, don Fernando González, cuando se piensa uno está en ‘Otraparte’”.

Los jóvenes lectores, ayer escuchas del profesor Larrosa, deben saber que *Otraparte* era la finca de don Fernando González, adonde se refugió huyendo del “mundanal ruido” y poder desde allí pensar. Larrosa porta la camiseta de los miembros de *Otraparte*, ese lugar que compendia simbólicamente todos los lugares del ocio, del descanso, del pensar y el estudio.

En este fragmento de la charla, emerge de nuevo el nombre de Sloterdijk, porque él ha escrito un libro sobre los espacios universitarios. En el monasterio se iba para salvar el alma, para mortificar la carne, para escapar del ruido del mundo y del mundanal ruido. Los monasterios estaban alejados de las ciudades, no así las universidades, que nacen en los centros urbanos, por lo general populosas. Por ejemplo, al *Studium* de Bolonia llegan estudiantes de diversas partes de Europa; de Francia llegaban los trovadores, troveros y juglares, y según Carducci

por las calles resonaba de mañana el latín de la glosa cuando diez mil escolares no cabían en las escuelas domésticas, se oían más tarde los conciertos de la viola épica y del laúd lírico. Los cantos de las gestas de Francia desde la severa plaza parecían subir a perturbar en el palacio a los ancianos del pueblo, que los prohibían (Carducci, citado en Campa, 1989, p. 22).

Y una bella anécdota: en el siglo XIII empezaron a llegar mujeres; una de ellas se llamaba Novella d’Andrea, quien antes de ingresar al aula se tapaba la cara con un velo para no perturbar con su belleza a los compañeros.

La Universidad, pues, es esa “otraparte” que está en el corazón de la ciudad, pero que se mantiene en un ámbito autónomo, para poder ejercer la crítica. Si se quiere, la Universidad se aísla para mejor observar y evaluar la ciudad que la envuelve. Es el llamado por Brecht “efecto distanciamiento”.

“La Universidad, agrega Larrosa, construye un espacio que no pertenece al mundo, pero que está en el mundo y por ello es capaz de pensar el mundo. Se distancia del mundo para poner el mundo a distancia”.

“Mi tesis, dice Larrosa, no sé si la compartan ustedes, es que la sala de aula está desapareciendo. Va a desaparecer del todo en unas cuantas generaciones”.

Las salas de aula se entienden ahora como “ambientes de aprendizaje”. Y la función del profesor, en todo congruente con ese cambio inicial, es “gestionar” el aprendizaje. Tanto la sala de aula como la biblioteca están en vías de extinción. Pero el profesor Larrosa insiste y embiste: “Si esto desaparece, ¿no pasa nada! Ante nuestros ojos surge un mundo en el cual la gente aprende, no estudia. Y surge, claro, otro modelo mental”.

“Estaba la semana pasada en una Universidad de Manizales. Y en el portón de la Universidad había una frase: ‘La Universidad es tu casa; el carnet es tu llave’. Pues no: La Universidad no es la casa de nadie. La Universidad es la casa del Estudio”.

La institución Universidad (o Estudio) trae aparejada la figura del estudiante, que nunca antes había existido. Y a esta figura le preexisten dos: la figura del discípulo (quien se somete a la disciplina) y la figura del aprendiz de los gremios. En la Universidad ambas figuras se difuminan y terminan por desaparecer del todo. A la Universidad no se llega a seguir a alguien, ni a realizar el aprendizaje de un oficio, sino a estudiar. “Somos estudiantes, no capital humano”, gritaban los estudiantes europeos en sus protestas contra las reformas de Bolonia.

Los profesores, en contrapartida, no son ni sabios ni clérigos. No están para apuntalar el régimen, sino para criticarlo. Los profesores (maestros) tienen una maestría especial, pero no técnica, sino de estudio. “El maestro es realmente el maestro de lectura. El arte que le hace maestro es el del estudio y la lectura. El maestro domina el arte de leer y da a leer.”

Los cambios ocurridos son resumidos por el profesor Larrosa en cuatro ítems:

1. Asistimos a la desaparición de la sala de aula y de la biblioteca.
2. Se cancela el tiempo libre y se le sustituye por el tiempo productivo, construido por criterios de rentabilidad e inversión.
3. Se disuelve el espacio público y se le reemplaza por el espacio individual e individualizado. Cada uno y cada una aprenden según sus intereses, deseos, talentos, competencias, preferencias... Es la lógica de la "perfilización", y como ustedes saben, la lógica de la "perfilización" es la misma del *shopping*. El *shopping* ha hecho un "perfil" de cada uno y cada una de sus virtuales clientes. Sabe qué quieren, qué sueñan, qué aspiran. La Universidad no es (no era) un *shopping*.
4. Se cancela la materia de estudio. Hubo un tiempo en que al inscribirse en una universidad se tomaban algunas materias. Después esto pasó a llamarse asignatura. Ahora se habla de "créditos": la lógica de la mercantilización halló, después de varios ensayos, el lenguaje adecuado.

Se busca, en fin, según Larrosa, que no haya más estudiantes, sino capital humano, chicos buenos para recibir contenidos, procesadores de información. Los maestros no son más maestros, sino productores de contenidos, emisores, comunicadores, innovadores (en el mismo rango de los fabricantes de autos).

La Universidad ha creado tres dispositivos:

1. Un dispositivo profesionalizante, siempre subsidiario de las necesidades del mercado.
2. El Dispositivo Investigación. Los profesores ya no estudian, investigan.
3. El Dispositivo Aprendizaje, completamente individualizado. Es decir, la lectio y la sala de aula desaparecen.

Los anteriores son inventitos de la misma Universidad. Generados desde dentro, y de esta manera la Universidad deja de ser y se transforma en otra cosa.

EPÍLOGO

La Universidad se ha convertido en *shopping*. Es común ahora hallar las tiendas universitarias, las cuales, a la manera de los cafés Juan Valdez u Oma, ofrecen una gama variada de cositas (*delicatessen*), suvenires, camisetas, pocillos de café, manillas, etc., con el logosímbolo de la universidad equis o ye. Las universidades diluyen sus señas de identidad y se van convirtiendo, para complacencia de todos, en eso que Marc Augé (2000) llamó los no lugares: "un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico" (p. 83).

Al convertirse en mercado de saberes, se vive puertas adentro cada vez más un estricto control de una supuesta calidad que está más referida a la observancia de las Normas APA (Asociación Estadounidense de Psicología) que a la búsqueda propiamente dicha. Los trabajos de grado, las maestrías, especializaciones, formaciones doctorales o posdoctorales son evaluados con base en estas normas, definidas hace casi un siglo en Estados Unidos, con el fin de poner un poco de orden en una marcada arbitrariedad por parte de los estudiantes a la hora de presentar sus trabajos escritos. Pero con el tiempo, la forma terminó imponiéndose sobre el contenido. No se estimula la investigación, la intuición, la exploración, el levantar un poco el velo que cubren los hechos, o indagar con más penetración y agudeza en los diagramas ocultos de la vida social y humana en general, sino la justa y milimétrica, casi neurótica, aplicación de la norma.

Asimismo se vive, siempre puertas adentro, la dictadura de cierta bibliografía. Vale la pena recordar un pasaje de *Literatura, experiencia y formación*, respuestas dadas por el profesor Larrosa al también profesor Alfredo J. de Veiga Neto (1995), inspiradas en un texto de Rorty:

Los textos que podrían ser censurados o, en general, los textos que podrían ser objeto de una batalla política para su introducción o no en las instituciones

educativas, serían aquellos en relación a los cuales la gente podría aprender a describirse de otra manera. Toda la literatura, pero también parte de la filosofía, parte de la historia, parte de la sociología (y no es difícil imaginar qué parte), puede contribuir a transformar la vida de las personas.

Debe permitirse en las universidades el acceso pleno a los libros que pueden ayudar a cambiar a los estudiantes y el mundo circundante. Conviene dejar de recomendar y prescribir, y acicatear, más bien, la curiosidad del estudiante. Naturalmente, un mercado de saberes debe ir a la fija; cualquier improvisación es juzgada perniciosa. Entendido el profesor como gestor (en el sentido que gestiona,

no que gesta) académico o cultural, lo más práctico, en tanto conduce al objetivo estipulado, es prescribir unos contenidos.

Como es natural, la charla del profesor Larrosa suscitó un enjambre de inquietudes. Y esto habla con elocuencia de la calidad de su exposición. Y fue eso: una exposición; no una imposición.

REFERENCIAS

- Campa, R. (1989). *La Universidad de Bolonia y el debate de la razón*. Buenos Aires: Grupo Editorial Latinoamericano.
- Augé, M. (2000). *Los no lugares: Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.

